

[La sinceridad del fingimiento]

(La Nación, Buenos Aires 1º Junio 1913)



CONVERSACION

(Para LA NACION)

SALAMANCA, mayo de 1913.

Me repite, usted, señor mío, aquel viejo aforismo de: «dime de lo que presumes y te diré lo que no tienes», pero yo le invito a que vuelva a pensar, a que repiense ese tan acreditado lugar común y se fije un poco despacio si es tan verdadero como a primera vista parece a un psicólogo de ojo de buen cubero. Y ya me ha oído usted más de una vez que el repensar los lugares comunes es el mejor camino para librarse de su maleficio. Sentencia, por cierto, que allá cuando yo empezaba a escribir para el gran público—quiere decirse para el de la Corte y Villa de España a que las Españas se han reducido—me valió de parte de un aristarco, ya difunto, un palmetazo, pues declaró que la tal sentencia era una de mis muchas frases cabalísticas y enigmáticas que no hay bicho viviente que las pueda entender. Tal fué el juicio de aquel amplificador de lugares comunes y ebanista de prosa castellana que se llamó Navarro Ledesma, el administrador de la gloria de Ganivet.

Volviendo, pues, a lo primero, le invito, señor mío, a que examine, si es tan cierto como a primera vista parece, que uno presume precisamente de aquello de que más carece, y si no ocurre, por el contrario, que hay muchos que exageran sus defectos para disimularlos.

Al llegar acá ya le estoy oyendo a usted exclamar con aquella sonrisa de estas ocasiones: «¿exagerar un defecto para disimularlo? ¡paradoja tenemos!»

Si, señor mío, tenemos paradoja. Y ahora, entre los dos, al oído, habré de decirle que la paradoja no es sino el repensamiento, la revisión de un lugar común y no pocas veces el lugar común mismo presentado por la otra cara. Porque no quiero contarle a usted entre los tontos, que son los que llaman paradoja a todo lo que no entienden, o entre los ignorantes, que llaman así a todo aquello que no habían oído antes. Y creo que estaremos de acuerdo en que la paradoja de hoy es el lugar común de mañana, como el lugar común de hoy fué ayer o anteayer paradoja.

Otra vez volvamos atrás. Y fíjese, señor mío, cuán frecuente es que exagere uno su defecto para mejor disimularlo. Si un cojo no puede disimular su cojera de modo que no se conozca de qué pie es del que cojea o si cojea, o un jorobado no logra encubrir su joroba, puede ocurrírsele a aquél acentuar la cojera y aumentar éste con añadidos su joroba, como diciendo el uno: «ya ven ustedes que si cojeo es porque me da la gana», y el otro: «bien claro está que esto no es joroba sino un capricho que tengo de llevar una alforja a las espaldas debajo de la chaqueta».

Usted habrá oído, señor mío, que una dama muy principal que tenía la frente muy estrecha idó dejarse sobre ella un flequillo de pelos, como diciendo: «no, no es que yo tenga la frente estrecha; es que

he tenido el capricho de estrecharla a la vista de los demás». Y puso en moda el flequillo. Y en toda moda observará usted que se trata de exagerar un defecto para disimularlo. Y no desespero de que algún calvo invente y logre imponer la moda de afeitarse la cabeza. Y luego dirá: «ya lo ven ustedes; por seguir la moda me afeito la cabeza».

Pero donde esto se ve mejor, donde verdaderamente tiene su aplicación, es en los defectos de orden intelectual y moral. Conozco muchas personas que son ligeras, muy ligeras de juicio y de conducta, pero que exageran esa su ligereza para disimularla. Es como si dijese: «bien claro está que si soy ligero es porque así se me antoja». Y lo mismo sucede con los que son pesados.

Figúrese usted un escritor de estilo pesado, o vamos al decir, indeglutible. Y no digo indigesto, porque este calificativo suele aplicarse muy mal. Hay, en efecto, manjares muy indigestos, es decir, que nos proporcionan cólicos y trastornos después de comidos y que al tiempo de comérmolos nos saben muy sabrosos. Y no sé por qué se llama estilo indigesto al que suele ser indeglutible. Escritores hay a los que se lee con mucho gusto, sin fatiga ni molestia, pero cuyos escritos se nos indigestan luego, esto es, nos producen alguna especial irritación en el espíritu. Son los más eficaces. Y otros, en cambio, son sencillamente indeglutibles. Sus frases se nos atragantan, como se nos atragantaría un puñado de harina; no es menester que sea de serrín. Y ese mismo puñado de harina, amasado, fermentado y cocido, hecho pan, nos sabe muy sabroso. ¿No conoce usted, señor mío, escritos así harináceos, ni amasados, ni yeldados, ni cocidos? Vale más masticar y tragar granos de trigo, después de haberlos restregado entre las manos, como hicieron en aquel día de sábado los discípulos del Señor, según el Evangelio de Lucas nos cuenta al principio de su capítulo sexto. Si, es mejor comer trigo que no harina. Si un escritor no ha de hacer más que molar las impresiones o ideas que reciba sin amasarlas, yeldarlas y cocerlas, vale más que no escriba, pues que tenemos nuestras muelas para molar.

Volvamos otra vez más atrás, y reanudando le diré que se figure a un escritor de estilo indeglutible, que sea molinero, mas no panadero de ideas, y se empeñe en no entregar sus productos al panadero, sino en que nos los engullamos en harina. Este tal puede muy bien suceder, y de hecho sucede en no pocos casos—de que puedo citarle ejemplos—que al ver que le echan en cara su defecto y le dicen que no hay modo de tragar lo que escribe, intente primero corregirse y amasar y yeldar y cocer sus ideas para hacer pan espiritual con ellas; mas si, no lo consigue, no es nada raro, sino muy común, que se encarnice más en su defecto y hasta lo exagere, y como quien dice a sus consorsos: «¿no queréis caldo? ¡pues taza y media!»

¿No conoce usted acaso, señor mío, escritores que en vez de corregir o amenguar con cuidado los defectos que se les echa en cara, los acentúan y acusan más aun como en son de desafío? ¿No los conoce usted que si los tildan de oscuros afectan más aun la obscuridad, y si los motejan de hojarascosos y palabrerros,

15



exageran la hojarasca y la palabrería? A primera vista podrá esto parecer algo así como una arrogancia en desafío, como quien dice: «¡es inútil todo lo que me digáis, bárbaros! yo sé que tengo razón y no vosotros, y habréis de irros acostumbrando, porque al cabo ha de ser la posteridad quien nos juzgue a todos». Pues bien: muchas veces no hay nada de esto, señor mío. Lo que hay de verdad es que el obscuro o el hojarascoso intentaron en el secreto retrete de su cuarto de estudio corregirse de uno o de otro defecto, poniendo el uno en claro sus ideas, intentando el otro precisarlas y definir las; mas al ver que no lo conseguían, intentaron engañar a los demás, engañándose a la vez, y haciéndoles creer que si escribían obscuro u hojarascoso era porque así se les antojaba y no porque no supiesen hacerlo de otra manera.

Ya sé lo que me dirá usted, señor mío, y es que el modo de probar que se puede hacer algo muy de otra manera que como se hace, es hacerlo de esa otra manera; pero esto sólo es cierto cuando realmente puede uno hacer algo de otro modo que como lo hace; mas cuando no es así, cuando se trata de engañar, hay que buscar por otros caminos el engaño. ¡Es que así no se engaña a nadie! exclamará usted. Y es ello muy cierto; pero ya sabe usted, por ser noción corriente, que los engañadores casi nunca engañan a otros, sino que se engañan a sí mismos. Se engañan al creer que engañan a los demás. Y ni aun siempre esto, sino que estamos todos en el secreto.

Ya conoce usted aquel aforismo de Maquiavelo, de que quien quiera engañar a otro, encontrará siempre quien se deje engañar, y conocerá usted también aquella vieja sentencia que en latín suena «mundus vult decipi»: «el mundo quiere ser engañado», sentencia que tan reclamadamente comentó aquel trágico sentidor danés que fué Kierkegaard. Pues bien: yo me permito dudar de que esos dos aforismos sean tan verdaderos como los creen muchos.

Lo que hay de verdad es que casi todos queremos engañarnos, y cuando se nos intenta engañar, fingimos quedar engañados. Desde hace siglos, muchos siglos, los nobles y generosos espíritus que han tomado sobre sí la humanitaria tarea de consolarnos de haber nacido, con aquellos que Leopardi llamó «felices errores», hacen como que nos engañan y que se engañan al querer engañarnos, pero estamos todos en el secreto. Cuando el médico va a visitar a un pobre tísico que está en las postrimerías de su enfermedad hace todo lo posible por engañarle y el enfermo finge que se deja engañar. Y así con toda tisis.

Conservo la última carta de un pobre amigo mío, inteligentísimo, a quien la tisis le mató en la flor de su vida. Y en esa carta, en la que se despedía de mí para siempre, declame entre otras cosas que cuando los parientes y amigos iban a verle y se disponían a engañarle, anticipábase él y les engañaba a su vez fingiendo no creerse incurable, y hablándoles de proyectos de larga ejecución. Y ni él así engañaba a sus parientes y amigos, que entendían muy bien lo que les quería decir, y era: «no me vengáis con engaños».

Créamelo, señor mío, hay muchos menos tontos de lo que se cree, a pesar de aquello de que su número es infinito, y casi todos los hombres estamos en el secreto. Todos deseamos lo mismo, y desesperados por no tener certidumbre de que lo hayamos de conseguir, los unos fingimos creerlo cierto y los otros fingimos creerlo incierto. Y lo mismo añhelan a Dios los que le invocan, que los que le niegan, y ni unos ni otros están seguros de nada que importe.

Y además, ¿por qué no he de decirselo a usted, señor mío? todos sabemos que se vive más de la ilusión en que se cree no creer, que de la realidad en que se cree creer.

Observe usted la fiera de ambos fanatismos, el de la extrema izquierda y el de la extrema derecha, del afirmativo y del negativo. ¿Cree usted que esos fanáticos están más seguros de sus afirmaciones o de sus negaciones que usted o yo de las nuestras? No; es que sienten con más fuerza. Y sienten lo mismo. Hay una manera rabiosa de negar a Dios, que es un modo de deseárselo, y una manera rabiosa de afirmarle, que es un modo de temer que no exista. Y hay también la pasión de la incertidumbre.

Quedamos, pues, en que nos pasamos la vida queriendo engañarnos, o lo que es lo mismo, queriendo engañar a la vida, hasta que venga el supremo y definitivo desengaño, sea de una cosa o de otra, que es la muerte. Y es el querer engañarnos, sin conseguirlo, por supuesto, lo que nos lleva a pretender engañar a los demás. Y una de las argucias de engaño es dis-



CONVERSACION.



3-157

5

frazarsé de los defectos de que uno adolece para que se crea que no son sino disfraz. El feo se pone careta fea para que cuando le vean sin ella se imaginen que su natural fealdad sigue siendo de careta.

Conocí a un pobre hombre jorobado que adoptaba en sus cosas todas un aire misterioso, y que como al hablarnos un día de sus conquistas amorosas vió que nos reíamos, exclamó: "¿Pero qué os creéis? a las mujeres les gusta lo raro, lo extravagante, lo que se sale de lo común". Poco faltó para que pretendiera hacernos creer que si tenía aquel defecto era porque así lo había querido. Y esto en lo moral es más común que en lo físico. El cinismo rara vez pasa de ser una más refinada hipocresía.

X Y esto, señor mío, que pasa en los individuos pasa con los pueblos. Casi todos los pueblos exageran sus defectos y los defienden como si fuesen sus mejores cualidades. Coja usted una historia cualquiera de un historiador algo patriotero y verá como cuando defiende a su pueblo de alguna imputación ésta no es de importancia, pero cuando se encuentra con una verdadera imputación lo que hace es querer convertir el defecto en una gloria. Y esto es muy humano.

Usted me habrá oído contar alguna vez, porque lo he contado muchas, cómo en una ocasión en que un amigo mío francés me habló del énfasis y de la naturalidad delante de un retablo de Churriguera que hay en una iglesia de esta ciudad de Salamanca, le atajé diciéndole: "¡espere usted! establezcamos primero un principio, y ~~ésta~~ es éste: en los espíritus de naturaleza enfática, el énfasis es natural; y luego hable usted". Y le añadí que nada hay para mi menos natural que eso que los franceses suelen llamar "naturel", y que es producto de refinamiento. Pues bien; ¿fui yo sincero al decirle eso a mi amigo francés? ¿Creo yo realmente que nuestros espíritus son de naturaleza enfática, o más bien, creo que el énfasis

CONVERSACION.

8-157



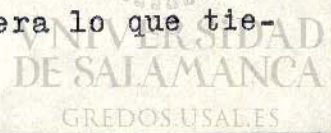
6

no pueda y deba corregirse? ¿Estoy acaso yo seguro de que sea lo natural y qué la naturalidad y qué la naturaleza? ¿La salvaje-ria de un salvaje es acaso más natural que la urbanidad de un ciudadano? ¿Es un montón de trigo que se come a puñadas, despues de haberlo restregado entre las manos, como hicieron aquellos discípulos del Señor, es ese montón de trigo más natural que un pan de Viena bien amasado, bien yeldado y bien cocido? ¿No es acaso el arte también naturaleza? ¿No es tan natural un templo gótico como un árbol de la selva virgen? Vea usted cuántas preguntas.

Con todas las cuales no pretendo, claro está, proscribir que cada cual trate de cohonestar como mejor pueda sus propios defectos. Suele decirse que a todo vicio hay otro vicio contrario que se le opone, como a la avaricia la prodigalidad, y que la virtud está en el medio; pero yo no estoy muy seguro de que a cada virtud no se oponga otra?

Y mire usted, señor mio; voy a ponerme yo, que soy el escritor que encuentro más a mano, como ejemplo. He sido siempre un espíritu rebelde a la lógica formal; no a la fundamental, a la ordenación, ~~nala~~ método, y he ahí por qué afecto este género de conversaciones y ensayos divagatorios, llenos de digresiones y de idas y venidas. He escrito algunos libros, pero me parece que me moriré sin haber logrado hacer un libro arquitectonicamente construido. Y por otra parte, como sé que si me pongo a repasar, limar, corregir y cepillar mi estilo he de caer en el preciosísimo y en la conceptuosidad de lo que hay no pocos ejemplos en el único libro que limé y repasé algo, y es el que más éxito ha alcanzado de entre los míos -y no he de quedarme en un término medio, y aborrezco esa preciosidad, acostumbro escribir a la buena de Dios y al correr de la pluma, exagerando mi natural negligencia y mi propensión a improvisar.

Cada cual, se lo repito, exagera lo que tie-



3-157



7

CONVERSACION.

ne para disfrazarlo en cierta manera. Y esto es, dígase lo que se quiera, sinceridad. Porque no hay nada más sincero que el fingimiento. !Y vaya por paradoja!

Miguel de Unamuno.



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.S.U.SALES